

cerca de dos mil quinientos años, época en que la luz de la historia comienza á arrojar sus primeros rayos sobre las costas de los países occidentales. Uno de estos pueblos, el de los iberos, ha conservado su lengua intacta hasta nuestros días en un pequeño rincón de su antigua patria, y podemos afirmar con certidumbre que era anterior á los arianos. Otro, el pueblo ligústico, que también se reconoce en sus descendientes, relegado igualmente á un apartado rincón, hace largo tiempo que perdió su idioma, sobre el cual no tenemos dato alguno. No hay posibilidad de presumir nada acerca de las relaciones que pudiera tener con los indo-germanos. ¿Ha sido acaso la vanguardia de la invasión ariana? ¿Acaso no era él también ariano?

No hablaré de otro tercer pueblo, muy antiguo y considerado por algunos como anterior á los arianos, los Rhètes, que ocupaban las montañas de los Alpes, una parte de la Suiza oriental y algunos puntos del Sur de Alemania. Hay motivo para unirlo al de los etruscos, cuyo antiguo nombre de Rasenes tiene mucha analogía con aquel; pero las investigaciones emprendidas con este motivo están lejos de haberse terminado. Parece además casi cierto que los etruscos no inmigraron sino muy tarde, y que lo que llegó á ser su patria había sido antes un país ligústico.

Hay en Europa otro pueblo no ariano, al que se obstinan en asimilar á los iberos y á los ligurios, lo mismo que á los etruscos, y del que debo ocuparme aquí. Refiérome al pueblo finnés ó finlandés. Su historia empieza muy tarde. Habitaba en las apartadas regiones del Norte, que los sabios antiguos consideraban sumidas en la noche *cienzariana*. El nombre de Fenni ó de Finin, aplicado á un pueblo del extremo Norte de Europa, aparece por primera vez en los escritos de los historiadores romanos, poco tiempo después del nacimiento de J. C. Casi al mismo tiempo se presenta también el de Aestyi, nombre que podía designar á los orientales en general, ó sólo á los estonios. Nada se sabe aún preciso sobre este punto.

La filología moderna nos ha enseñado que la raza finlandesa, ó la raza ugriana, ó tshude, como también se la llama, comprende numerosos pueblos y ocupa gran parte del Noreste de Europa y del Norte de Asia. Abraza no sólo á los Finlandeses, propiamente dichos, sino también á los Lapones, á los Livès, á los Tschudes, á los Votiaks, á los Morduines, á los Tcheremisses, á los Vogules y á los Ostiaks, los Samoyedos y multitud de otros pueblos que habitan las partes septentrionales de la península Scandinava; las costas de los golfos de Bothnia y Finlandia, las

del Mar Blanco y las tierras regadas por el Volga hasta el Oural, y aún más allá. La historia ha demostrado que gran parte de Rusia, y precisamente el corazón del país, ha sido ocupado por los Tschudes hasta una época bastante avanzada. ¿Eran de la misma raza los Scytas y los Helenos encontrados al Norte del Mar Negro? Se ignora todavía. Si como su nombre parece indicar eran también de origen tshude, el conocimiento histórico de esta raza sería mucho más antigua de lo que hace suponer el nombre de Finlandés.

Con los finlandeses se relaciona otro pueblo aparte, aislado, lejos de todo pueblo congénere; refiérome á los húngaros y á los magiares. Se encuentran tan completamente separados de los finlandeses por los slavs, y tan próximos vecinos de los germanos, que pudiera creerse son, como los ligurios, restos de una raza primitiva; pero sabemos que no llegaron al país que ocupan hoy hasta fines del siglo IX después de J. C., y aunque se haya combatido la opinión admitida hasta ahora de que habían permanecido anteriormente en Ugría (grande Hungría) en las orillas del Volga y del Oural, su lengua y la conformación de su cráneo indican claramente su origen finlandés. Esto no quiere decir que los magiares, cuando desde el Pruth y el Bajo Danubio llegaron á la Hungría actual, fueran un pueblo puro de toda mezcla; puede ser, al contrario, que el Cáucaso les haya comunicado, sobre todo á su nobleza, elementos arianos como lo sostiene M. Obermüller, y los stepas del Norte y del Mar Caspio elementos turcos, como lo creían los autores antiguos.

RODOLFO WIRCHOW.

Profesor de la universidad de Berlin. Miembro de la Cámara de Diputados de Prusia.

(Se concluirá en el número próximo.)

FEDERICO GUILLERMO,

PRÍNCIPE REAL DE PRUSIA

Y PRÍNCIPE DE LA CORONA DEL IMPERIO ALEMÁN (1).

Nuestro *Jahn* llama en su lenguaje, tan lleno de metáforas, al 18 de Octubre de 1813, al glorioso día de la batalla de Leipzig, al día en que los alemanes abandonaron la casa de la servidumbre como los israelitas, «el domingo de la nueva luz, el lunes del porvenir próspero, el martes de la resurrección de la nacionalidad germánica, el miér-

(1) Este artículo forma parte de la obra que, con el título de *La Walthalla y las glorias de Alemania*, se está imprimiendo en castellano, y publicará en breve el distinguido escritor alemán D. Juan Fastenrath, tan apasionado de nuestro idioma y tan infatigable en dar á conocer en su país la literatura española.

coles de la guerra nacional empezada bajo los más felices auspicios, el juéves del juicio de los pueblos, el viérnes de la nueva vida, el sábado de todas las grandes fiestas venideras, la Noche Buena de una época mejor, la Pascua de la resurreccion, el Pentecostés del entusiasmo, el día de todos los héroes, el día de San Miguel, en que el Arcángel hunde á Luzbel en el polvo.» Y *Jahn* fué tambien el primero que en memoria de aquel día grande encendió en 1814 las hogueras de *Octubre*, para que la juventud jurase ante el altar de aquellas hogueras ser alemana.

Por una coincidencia feliz, el mayor día de la guerra de la independencia germánica, el 18 de *Octubre*, es tambien el cumpleaños del príncipe feal de Prusia, del heredero de la corona imperial de Alemania, del héroe de Chlum y de Woerth, del *jóven Fritz*, que ya en la flor de su mocedad nos recuerda las hazañas del *viejo Fritz*, ese rayo de la guerra.

Con motivo del aniversario del cumpleaños del príncipe real *Federico Guillermo*, que conservó aún en el estruendo de las armas un corazón lleno de caridad cristiana, recordándonos la dulce paz en medio de los horrores de la guerra, y cuyos hechos heroicos, así como los rasgos de su noble carácter sirven de ejemplo para excitar el sentimiento nacional, escribí en el año sangriento de 1870 una poesía, que mi amigo D. Ventura Ruiz Aguilera vertió al castellano. Héla aquí:

EL 18 DE OCTUBRE DE 1870.

Cumpñeños del príncipe real de Prusia.

I.

Si hoy del mundo en que ahora vive
Bajase á la tierra el alma
De algun héroe inolvidable
De nuestra guerra sagrada;
Si descendiendo, tendiese
Los ojos por Alemania
Gnéisenau, Schárnhorst ó Blücher,
Viérala ya libre y alta.
Y con un himno glorioso
Al príncipe saludára,
Al heredero del día
Que á Leipzig dió eterna fama.

II.

Contaría las cabezas
De los buenos de Germania
En el *domo*, donde á todos
Erigió altares la patria.
Con firme lazo hallaría
Unidas tambien las almas,
Espirando la discordia
De las edades pasadas.

Y con un himno glorioso
Al príncipe saludára,
Al heredero del día
Que á Leipzig dió eterna fama.

III.

¡Oh, cuánto su noble espíritu
Viendo se regocijara
Resplandecer la grandeza
Y la unidad suspiradas,
Y las hogueras de Octubre
Alumbrar con roja llama
Ante la Babel del Sena
Deshecho el poder de Francia!
Con himno glorioso, entonces,
Al príncipe saludara,
Al heredero del día
Que á Leipzig dió eterna fama.

IV.

Sobre su augusta cabeza
Pone las manos, y exclama,
Bendiciéndole amoroso:
—«¡Oh defensor de Alemania!
Cima y fin da, con tu padre,
A la obra que al cielo agrada;
Tuya ha de ser la victoria,
Aunque héroes sin vida caigan.»—
Dice, y saluda con himnos
De júbilo y alabanza,
Al héroe del día
Que á Leipzig dió eterna fama.

El príncipe *Federico Guillermo* vió la primera luz el 18 de Octubre de 1831, y si importancia suma tiene para el pueblo alemán la fecha del 18 de Octubre, no es ménos memorable la casa del nacimiento del príncipe, pues nació en el palacio nuevo de Sanssouci, la sede favorita del gran Federico, cuyos hechos debia completar con los suyos. Segun dice la tradicion, el héroe de la guerra de los siete años necesitaba tambien siete años para edificar aquel palacio magnífico.

Federico Guillermo heredó la indestructible alegría de sus antepasados, las ocurrencias felices de Federico Guillermo I, la vena satírica de Federico el Grande y de Federico Guillermo IV; á su padre, el emperador Guillermo, le debe la rectitud alemana, la discrecion, el valor y la caballerosidad de los *Hohenzollern*, en fin, todas aquellas dotes que caracterizan á la Prusia vieja; y á su madre, la emperatriz augusta, princesa de Sajonia-Weimar, la delicadeza del sentimiento y una contemplacion universal.

El compañero de sus juegos infantiles era el príncipe *Federico Carlos* que se divirtió con él en erigir trincheras en el parque de Babelsberg (Pots-

dam); y su maestro y ayudante era nuestro gran estratégico, el mayor de *Moltke*. No fué una época de tranquilidad y paz octaviana la que vió el jóven príncipe; el año de 1848, en que una mano ruda escribió en los muros del palacio del príncipe de Prusia «propiedad nacional,» era duro para él y para su padre. Desde 1850 á 1852 cursó los estudios en la universidad de Bonn, y cultivó su espíritu con viajes á Italia é Inglaterra. En los montes de Escocia conoció en 1856 á la princesa Victoria, la simpática hija de la reina de Inglaterra y del príncipe Alberto, y en una de las excursiones en que había cogido en la cumbre más alta aquella blanca y casta flor que se entroniza cual reina en las nieves eternas, y que los alemanes llamamos «edelweis,» declaró su amor á la jóven princesa; y sus dos almas estaban tan bien apareadas, tan bien formada la una para la otra, que no podían ménos de confundirse en un mutuo éxtasis. Y como el «edelweis» fué la flor favorita de Victoria, así se hizo ésta la flor galana de Prusia. Celebraron sus bodas en Lóndres el 25 de Enero de 1858, é hicieron su entrada en Berlin en 8 de Febrero del mismo año, siendo aclamados con entusiasmo universal. El matrimonio habita aquel palacio situado en la calle «bajo los tilos,» que Federico Guillermo I edificó para su hijo el gran Federico, en el mismo sitio donde ántes estaba el palacio llamado del feld-mariscal, porque el gran elector le había destinado para su feld-mariscal Schomberg; y el grado de feld-mariscal le obtuvo también el morador actual de aquel palacio en que vivió y murió Federico Guillermo III, el esposo de Luisa, y en que nacieron sus hijos Federico Guillermo IV y el emperador Guillermo. Se creería cosa providencial que el palacio del *viejo Fritz* fuese también el castillo del *jóven Fritz*, á quien acompañaba la fortuna del gran rey. ¡Qué perspectiva tan magnífica tiene el príncipe real desde su palacio! Preséntase á sus miradas todo lo que sirve en Berlin á la guerra, á las letras, á las artes y al culto divino; en frente del palacio está el arsenal; al lado de éste se encuentran la universidad literaria y el museo, y muy cerca la catedral.

El nacimiento del primogénito de nuestro héroe dió motivo á la siguiente *anécdota*: «Un comandante de artillería, despues de recibidas las órdenes respecto de las salvas con que debiera saludarse el nacimiento del príncipe ó princesa, vaciló un momento, pasándose confuso la mano por el bigote. «¿Qué os ocurre?» le preguntó el entonces príncipe-regente, padre de nuestro Federico Guillermo. «Perdone S. A. R., replicó el precavido comandante: tengo mis instrucciones para el nacimiento de un príncipe, y también para el de

una princesa. Pero ¿qué haremos cuando Dios nos dé á la vez ambas cosas?» Entónces, contestó el príncipe-regente soltando una carcajada, segun el antiguo axioma prusiano, *suumcuique*.

El primer hijo de nuestro príncipe, Federico Guillermo Víctor Alberto, nació el 27 de Enero de 1859.

Desde el primer rey de Prusia ha sido una costumbre constante que todos los príncipes reales, Federico Guillermo I, Federico el Grande, Federico Guillermo II, Federico Guillermo III, Federico Guillermo IV y el emperador Guillermo, ántes de sentarse en el trono conociesen las fatigas de la guerra, la lealtad, el valor y la abnegacion de los soldados. Fiel á aquella antigua tradicion de su casa, asistió el príncipe *Federico Guillermo* á las operaciones militares de 1864 en Schleswig-Holstein, pero no como comandante, sino cual aficionado, aprendiendo para 1866 y 1870, mostrándose entre los soldados sin ostentacion ninguna con su corta pipa con cabeza blanca de porcelana, hablando á cada uno, animando á la tropa, y si á veces ligera nube empañaba el cielo de la discordia entre los caudillos, él la ahuyentaba.

Sus dotes eminentes, cual general, las manifestó en la guerra de 1866, que le colocó á la altura de *Federico Carlos*. Como comandante del segundo cuerpo dijo el jóven príncipe al anciano general *Steinmetz*: «Es un escándalo que yo, siendo aún tan jóven é inexperto, mande en esta campaña á usted, que es tan rico en experiencia.»—«No tiene usted razon, contestó el general: los príncipes de Hohenzollern nacieron para ser los caudillos de nuestro ejército.»—«Pues bien, respondió el príncipe real apretando la mano del noble anciano, al ménos verá usted que no cederé nunca, y que cumpliré con mi deber.» Si, el príncipe era siempre esclavo de su deber, aún en aquellos instantes en que desgarraba su corazón el dolor causado por la muerte de su hijo menor Segismundo; y entrando en campaña dijo á sus soldados en su alocucion del 20 de Junio: «Tenemos que vencer al mismo enemigo á quien nuestro rey más ilustre venció con un ejército pequeño.»

Como la marea ascendente invadieron los prusianos los montes, las selvas y los campos de Bohemia: *Federico Guillermo* tenia que penetrar en el corazón del país enemigo para dar la mano al centro del ejército prusiano: de una sola hora dependia la suerte del ejército, el destino de la patria. El príncipe tuvo gloriosa parte en las batallas sangrientas de tres dias en Nachod-Wysokow-Skalitz-Schweinschaedel, y, llamado por *Moltke*, salvó con la victoria de Chlum el 3 de Julio á Federico Carlos, al rey y á la Prusia. Los dos príncipes y compañeros de la victoria, *Federico*

Guillermo y Federico Carlos, se dieron en el campo de batalla un abrazo muy apretado y muy prolongado. «Voy á buscar á mi padre,» exclama ansioso el príncipe real; su camino se hace una *via triumphalis*; y al fin á las ocho de la tarde se encuentran en medio de los estragos de aquella batalla gigante los dos vencedores, el joven de Chlum y el anciano de Sadowa. El rey, á quien la emoción había cortado la voz, estrechó á su hijo contra su corazón, y quitando de su cuello la orden llamada *pour le mérite* (por el mérito): «Toma, hijo mío, dice; la has merecido:» y lágrimas de júbilo corren por las mejillas del joven vencedor, que en señal de la más profunda gratitud besa las manos del anciano.

El 20 de Setiembre de 1866 se verificó la entrada triunfal del príncipe *Federico Guillermo* en Berlin. La misma diosa de la Victoria que se vé en la puerta de Brandemburgo, dice el poeta prusiano Teodoro Fontane en un canto que escribió con motivo de aquel día de fiesta, pasa la revista por la tropa que entra en la corte de Prusia, y viendo á la guardia, pregunta:—«Guardia ¿qué llevas?»—«Llevo una rima nueva, que corresponde á la palabra *ruhm* (1).»—«Dímela.»—«Pues bien: dice *Chlum*, las cumbres de Chlum donde nos hemos cubierto de gloria.»—«Seas bien venido, guardia prusiana: te saludo.»

Llegó el año de 1870 en que el príncipe real de Prusia, cual comandante del ejército del Sur de Alemania, que sabia más de doce dialectos, se hizo el ídolo queridísimo, el Federico idolatrado de los bávaros, suevos y francos, la encarnación viva del pensamiento de la unidad alemana.

Al entrar en la campaña de 1866 dió el último adiós á un hijo moribundo, y ¡oh contraste singular! al entrar en la de 1870 abandonó en la cuna á una recién nacida princesa. Apenas había recibido ésta el bautismo, cuando ya su padre montó á caballo para pelear en pró del hogar alemán; y el heredero de la corona prusiana tuvo la singular dicha de inaugurar con sus dos primeras victorias un período de triunfos inauditos.

El 26 de Julio partió para Munich y entró en la capital de Baviera en medio de las más entusiastas aclamaciones, siendo ya vencedor de Napoleón antes de haber ganado una batalla. El 30 de Julio entró en Spira, el panteón de los antiguos emperadores alemanes. «Hoy nos bañamos juntos, pasado mañana nos batiremos juntos,» decía á un sargento con quien se bañó en el Rhin; y alentados por la afabilidad del príncipe, los niños de Spira se atrevieron á pasar al estanque en que nadaba *Federico Guillermo*. «Fuera, rapazue-

los,» les amonestó el maestro de nadar. Pero, «Déjelos usted, dijo el príncipe; tengo una satisfacción en verme rodeado de un tropel de niños tan alegres.»

Ya el 4 de Agosto el anciano rey de Prusia pudo escribir á la reina: «Ante los ojos de Federico se obtuvo una gran victoria por la toma de Wisemburgo.» El príncipe entró en la casa en que se encontraba el cadáver del bravo general francés Donay: un perro guardaba gimiendo al finado, de cuyas pestañas pendía una lágrima de desesperación.

El 6 de Agosto el príncipe venció á Mac-Mahon en la batalla de Woerth; el 1.º de Setiembre asistió al último acto de Sedan, y el 18 de Octubre celebró sus días en Versalles, cuyos habitantes vieron con asombro al heróico príncipe prusiano que superaba en talla á sus compañeros, como el rey Alboin, á quien un campo de espigas maduras de trigo tocaba sólo á la empuñadura de su espada. El 28 de Octubre de 1870 fué nombrado feld-mariscal, y el 18 de Enero de 1871, cuando se inauguró el imperio alemán, fué príncipe del nuevo imperio, é impulsado por su amor filial dirigió él mismo las ceremonias de aquel día solemne: como primer vasallo del imperio germánico se inclinó ante el emperador, y éste le echó los brazos y le estrechó contra su corazón, mientras se inclinaban las banderas de Rossbach, Waterlón, Düppel, Koeniggraetz, Woerth, Gravelotte y Sedan, y mientras por los espacios del palacio de Versalles resonaba la marcha de Hohenfriedberg.

Afortunado es nuestro *Fritz* por el amor de su pueblo, por el cariño de su esposa *Victoria* y por los favores de otra Victoria, aquella diosa que tiene laureles abundantes para el valeroso; y como él, arrebatado por su amor, había ofrecido la galana flor de las montañas á Victoria, la hija gentil de Inglaterra, así la diosa Victoria le regaló la prodigiosa flor de las batallas, aquella cruz mil veces santa que debe llevar sólo quien no empuña la espada sino por amor á los suyos y por amor á la patria, quien lamenta el huracán de la guerra cual la plaga más terrible de cuantas afligen á la humanidad y quien llora aún por el enemigo muerto.

Saludamos á *Federico Guillermo* cual príncipe del imperio alemán, cual adorno futuro del trono prusiano, cual hornamento de la *Walkalla*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 24 de Mayo de 1874.

(1) La palabra alemana *ruhm* quiere decir gloria.